

III

El aliado de Marenval, por su parte, no había permanecido ocioso. En cuanto volvió de su viaje al rededor del mundo se ocupó en los cuidados de su nueva instalación. Un hombre rico, bien emparentado y miembro de los principales círculos, no puede instalarse como un extranjero que viene á pasar seis meses en París. Tuvo, pues, que buscar una casa, disponerla á su gusto, amueblarla, comprar caballos y ajustar servidumbre. Durante unas semanas Tragomer vivió como en campaña, ocupándose de esos menesteres, comiendo en el círculo y viendo tan sólo á sus parientes y á algunos amigos íntimos. La comida en que había encontrado á Marenval era la primera de ese género á que asistía. Le había llevado Maugirón y Tragomer no sospechaba las consecuencias que iba á tener aquella fiesta á la que concurría sin propósito alguno.

Pero el noble bretón, reflexivo, tranquilo y tenaz, desde el momento en que cerró su convenio con Marenval no tuvo más que un pensamiento: con-

seguir lo que se habían propuesto. Desde el día siguiente se puso en campaña. Hacía dos años que tenía casi olvidado á Sorege, pues su intimidad con él cesó naturalmente en cuanto la condena de Freneuse hizo desaparecer el lazo que les unía. Había visto al conde muy afectado, en apariencia, por la desgracia del amigo común y le había oído deplorar las locuras que le habían conducido á tal catástrofe y defenderle con generoso ardor contra las censuras de los indiferentes. Poco tiempo después emprendió su viaje y no sabía qué había sido de Sorege.

Cuando se encontraban en el círculo, se saludaban y cada uno se iba por su lado. Entre aquellos dos hombres que durante años habían vivido juntos y que se tuteaban, existía una frialdad glacial y parecía que hasta les costaba trabajo saludarse, como si se odiaran. Tragomer, sin embargo, no experimentaba sentimientos hostiles hacia Sorege. Aun en el tiempo en que eran camaradas, no le había querido. La naturaleza franca y viva del uno no concordaba bien con el temperamento frío y calculador del otro. Sorege había sido siempre reservado con Tragomer y cuando éste se lo hacía observar á su amigo común, Jacobo respondía:

« Déjale. Hay que tomar á Juan como es; no conseguiremos cambiarle. Es un diplomático; jamás dice lo que piensa. »

Precisamente la certidumbre de que Sorege no hablaba nunca con franqueza era lo que alejaba de él á Tragomer, el cual decía con frecuencia á Freneuse cuando éste le acusaba de su alejamiento :

— ¡ Qué quieres ! ¡ No lo puedo remediar ! No me gusta nada ese joven. Cuando estoy al lado suyo me parece que tiene puesta una careta.

— Entonces, es un gran compañero para ir al baile de la Ópera, replicaba alegremente Jacobo que, con su carácter turbulento, no tenía tiempo de estudiar á sus compañeros de locuras.

Fuera de esto, no se podía menos de hacer justicia á Sorege, y Tragomer no podía negar que el amigo de Jacobo era un hombre perfectamente educado, instruído, elegante y de cara agradable, muy valiente, según había probado en diversas ocasiones, y de excelente consejo cuando se le consultaba un asunto difícil. Frisaba en los treinta años, era de estatura mediana, cabello castaño, barba cortada en punta y algo clara, bigote retorcido y ojos muy cubiertos con los párpados, lo que daba á su fisonomía un aspecto de firmeza. Cuando estaba callado y su mirada velada se deslizaba imperceptible á través de las pestañas, era imposible adivinar lo que pensaba.

Tragomer le encontró tal como le había dejado, con el mismo aspecto frío y seguro y el mismo modo de hablar preciso y reservado, y trató de buscar quien le diese noticias acerca de su hombre,

sin despertar la curiosidad ni provocar una indiscreción. Para ello le pareció que el indicado era Maugirón, una de esas gacetillas parisienses que se meten en todas partes, que todo lo conocen y que adivinan lo que no saben.

Era Maugirón un amigo de la infancia, con el que no había para qué gastar cumplimientos, y Tragomer, seguro de una acogida entusiasta, se puso en camino á eso de las once y media y desde su casa, calle de Rembrandt, bajó á pie hasta el *boulevard* Malesherbes, donde, casi esquina á la plaza de la Magdalena, vivía Maugirón. Este joven vividor tenía como principio invariable el almorzar siempre en casa.

« Si queréis, decía, conservar el estómago, aun haciendo los más continuos excesos en el comer, almorzad en casa todas la mañanas : almorzaréis medianamente, pero eso os salvará. »

Aunque resuelto á no infringir nunca esta regla, Maugirón no llevaba su cordura hasta imponerse la obligación de almorzar solo, y como todos sus amigos estaban seguros de encontrarle en casa á las doce, rara vez callaba su campanilla y casi todos los días alguna vez de hombre ó de mujer decía alegremente :

« Maugirón, un cubierto ; vengo á almorzar medianamente contigo. »

Entonces el sabio higienista hacía subir de la cueva los mejores vinos y, así como por casualidad,

tenía siempre delicados y succulentos platos que ofrecer á su convidado ó convidada. Esto era lo que él llamaba conservarse el estómago.

Aquella mañana había gran fiesta, como dijo Marieta de Fontenoy cuando al entrar con Lorenza Margillier vió á Tragomer que estaba fumando un cigarrillo en el cuarto de Maugirón.

— ¿Dónde está el dueño de la casa? dijo Lorenza echando descuidadamente el sombrero en un sofá y besando amablemente á Tragomer.

— Está poniéndose guapo. Y bien, Marieta, ¿no me dice usted nada? Observo que su amiga de usted ha estado conmigo mucho más expansiva...

— Mi amiga es de la casa y debe hacer los honores. Por lo demás, mi querido Cristián, si no hace falta más que un beso para contentar á usted, no ha de quedar por tan poco. Y echó los brazos al cuello del bretón. En seguida dijo, volviéndose con ligereza:

— ¡Qué hambre da esta carne de hombre!

— Entonces, queridas amigas, á la mesa, exclamó Maugirón levantando una cortina. Los huevos revueltos con trufas acaban de aparecer; no les hagamos esperar. Ya nos diremos cumplimientos mientras comemos.

Pasaron al comedor, en el que se revelaba el lujo bien entendido del hombre que sabe vivir, por los brillantes accesorios de fino cristal, hermosa porcelana y rica argentería.

— Buenos días, cielito mío, dijo Lorenza. ¿Has dormido bien después de la agitación de anoche? ¡Cuidado que te pusistes chispo, maridito, después de comer!

— ¿Yo? dijo Maugirón, yo estaba fresco como una lechuga. El que estaba un poco... tocado era Tragomer. ¡Qué cosas nos contó, ese monstruo!

— Sí, hablemos de lo que nos contó... Hizo sus confidencias á Marenval. Á nosotros nos puso en la puerta.

— Peor para él. Nosotras acabamos de pasar la noche en la *Olimpia*. Aquello es delicioso. La Rustigieri canta con los pies y baila con la garganta. ¡Y viva Italia! ¡Lo que nos reímos!...

— Me gustó más la Loïe Fuller.

— ¡Oh! no; hace daño á la vista.

Se produjo un momento de silencio mientras los convidados probaban un *château Iquem* que Maugirón les había recomendado y que parecía obtener los sufragios de todos. Tragomer, que ordinariamente no bebía más que agua, dijo al dueño de la casa:

— En efecto, tu vinillo es bastante bueno... Oye, ayer encontré á Sorege y me pareció muy serio. ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

— La peor de todas, amigo mío. ¡Se casa!

Hubo una exclamación general.

— ¡Oh! Es muy cursi burlarse del matrimonio... Maugirón, tu degeneras.

— El matrimonio, dijo Marieta, es una institución que se debe conservar como oro en paño. Primero, porque sin él habría una cantidad enorme de solteros. Después, porque los nobles arruinados no sabrían cómo reponerse. Y por fin, porque las señoritas norteamericanas, perderían aquí un importante mercado...

— ¡Esta Marieta es asombrosa! ¿Por qué no escribes en la *Vida Parisiense*?

— Por no oscurecer á los redactores.

— ¡De modo que Sorege se casa? continuó Tragomer, que no quería que se extraviase la conversación.

— Eso se dice por ahí, hace algún tiempo.

— ¿Y con quién?

— Con una de esas americanas que preocupan á Marieta, no sin razón. Con miss Lydia Harvey, de Minneapolis. El padre es un gran ganadero que ha hecho una inmensa fortuna y sus hijos siguen el negocio.

— Pero Sam Harvey vive en París. Es el que ha hecho edificar ese hermoso hotel en la avenida del Bosque de Boloña.

— Bien puede pagarlo. Los periódicos norteamericanos hablan de su fortuna como de una de las más importantes del país.

— ¿Qué tal es la muchacha?

— Pequeña, flaca, morenucha. Hay en ella sangre mejicana. Se dice que su madre era una mes-

tiza con la que Harvey se casó después de tener con ella cuatro hijos. Se ha quedado en Minneapolis. La hija es una excéntrica que dará mucho que hacer al frío Sorege.

— ¿Cuándo se ha decidido ese matrimonio?

— ¡Oh! Hace mucho tiempo que se entablaron las negociaciones, que han sido eternas. Hace más de seis meses que Juan está rondando á esa morenilla, pero parece difícil de atrapar. Ha sido preciso el viaje á América para poner las cosas en su punto.

— ¿Qué viaje á América?

— Harvey llevó á Sorege á sus propiedades el verano último. Le dijo: Venga usted á ver mis bueyes; y Juan tomó el vapor con la muchacha.

— ¡El viaje á Citerea, vamos!

Tragomer no llevó más adelante sus investigaciones. Sabía ya lo más importante; el hecho capital estaba probado. En el momento en que creyó reconocer la voz de Sorege en el cuarto de Jenny Hawkins, en San Francisco, el conde estaba en América, lo que hacía verosímil su presencia en el teatro y afirmaba con fuerza todas las consecuencias que de ella se deducían. Sus sospechas no eran ya queméricas, sino que se fundaban en un hecho real. Sorege estaba en América, luego no había coartada posible. No importaba que América fuese muy grande; para Tragomer, bastaba que Sorege hubiese atravesado el Océano, para que

su presencia en San Francisco fuese indiscutible. No había otro francés que hubiese podido pronunciar su nombre en tales circunstancias.

Pero aquí se detenían las deducciones de Cristián. De que Sorege hubiera pasado por San Francisco en la misma época que él y de que estuviera en el cuarto de Jenny no se deducía que fuese un criminal. Y, sin embargo, si Jenny Hawkins era Lea Peralli... Al llegar á este punto, Tragomer se encontraba ante un oscuro abismo que en vano intentaba sondar. Adivinaba la profundidad de la sima y los horrores que ocultaba, pero no podía romper las tinieblas de que estaba llena.

Entonces pensó que su empeño era cuestión de tiempo. « No puedo pretender, se decía, resolver de golpe un problema tan arduo y tan complicado y que han estudiado ya de buena fé jueces competentes y sabios, sin encontrar la solución. Si Sorege es culpable, si es cómplice, si solamente conoce la verdad y la encubre tan infamemente, es que tiene un grave interés en hacerlo así, y siendo tan dueño de sí mismo y hábil y calculador por excelencia, ha debido tomar todas las precauciones para ponerse á salvo de una sorpresa. Pero él ha estado en América, ha pasado por San Francisco y atribuía gran importancia á no ser visto por mí y más, acaso, á no ser visto en compañía de Jenny Hawkins. Esa mujer es, pues, quien tiene la clave

del secreto. Los convidados interrumpieron estas meditaciones.

— ¡Qué! El matrimonio de Sorege te infunde esa melancolía... Estás hecho un simple.

— Querido Cristián, no hemos querido causarte pena.

— ¿Tanto quieres á Sorege?

— Pues no es un muchacho muy simpático.

— ¡Es guapo!

— Pero tan frío...

Tragomer preguntó :

— ¿ Le habéis conocido queridas ?

— ¡ Oh ! No es hombre de amar á una de nosotras, dijo Lorenza. Ha debido buscar relaciones discretas y económicas. Me ha hecho siempre el efecto de un zorro consumado.

— ¡ Como que las mujeres de la buena sociedad no cuestan tan caras como nosotras ! exclamó Marieta. Pregunta á Maugirón cuánto ha pagado en casa de Doucet y en casa de Worth cuando le honraba con sus favores la hermosa señora de...

— ¡ Nada de nombres propios ! interrumpió Maugirón.

— ¡ Bah ! como si no lo supiera todo París... Por mucho que te ocultabas, mi pobre amigo, no engañabas á nadie y menos al marido. Tú mismo me has confesado, tú, tú mismo, que esa señora te saqueaba de tal modo, que te habías arreglado conmigo para hacer economías.

— ¡ Á tu salud, Lorenza! Tú eres una mujercita que no compromete...

— ¡ Oye, grosero!

— Desde el punto de vista del dinero, se entiende, porque en cuanto al corazón...

Se levantaron de la mesa y pasaron al salón, donde Tragomer, viendo que eran las dos de la tarde, se despidió á fin de volver á su casa á esperar á Marenval. Se habían dado cita para cambiar noticias después de sus respectivas averiguaciones. Tragomer estaba acabando de vestirse para ir á comer al círculo, cuando Marenval, que salía de casa de la señora de Freneuse, llegó á la calle de Rembrandt. El industrial tenía un aire grave y casi solemne.

— Ha sido usted exacto, dijo Cristián. ¿ La voluntad no ha flaqueado desde ayer? ¿ Esta usted decidido á marchar adelante?

— ¡ Más que nunca! Lo que he oído en casa de la señorita de Freneuse no es para desanimarme. La paciencia y el valor de esas dos mujeres, amigo mío, son admirables. ¡ Ellas tampoco dudan! ¡ Ah! ¡ Qué alegría les ha causado mi intervención! Se puede decir que han sido tan cruelmente abandonadas por todo el mundo...

Tragomer hizo un ademán de protesta.

— ¡ Oh! No lo digo por usted, amigo mío, dijo en tono bondadoso Marenval, sino por mí mismo. Sé que usted ha sido alejado por la señorita de

Freneuse, mientras que yo me alejé voluntariamente y no estuvo nada bien lo que hice. Un caballero hubiera obrado de otro modo, pero yo no era en ese caso un caballero, sino un millonario mal devastado aún de su comercio y que temía perder sus nuevas relaciones. Me arrepiento de mi conducta y quiero repararla... ¡ Por vida de!... y lo lograré, gracias al concurso de usted. Después veremos si alguien se atreve á vituperarme.

Cristián escuchaba á Marenval con visible impaciencia deseando hacerle una pregunta.

— ¿ Ha hablado de mí la señorita de Freneuse?

— Sí.

— ¿ En qué términos?

— Escuche usted, Tragomer; no estamos aquí para decírnos cumplimientos, ¿ verdad? Pues bien, María es severa para con usted. He aquí lo que ha respondido textualmente cuando yo les aseguré el afecto y la adhesión de usted: « Nos ha abandonado á mi madre y á mí; yo le he borrado de mi recuerdo como él nos borró de su corazón. »

Cristián bajó la cabeza con tristeza.

Acaso tiene derecho para tratarme tan duramente, dijo, pero le falta indulgencia. En el paroxismo del dolor, se negó á ver hasta á los que querían permanecer fieles y facilitó así el abandono. Á su lado no hubiera yo sido tan débil; su deseo de resistir á la mala fortuna me hubiera dado energía. Nos hubiéramos animado mutuamente. Pero su

pena altanera juzgó en definitiva á los que no se declararon abiertamente en favor de su hermano. Yo no tuve ese hermoso desprecio del qué dirán, lo confieso humildemente, pero si María quiere reflexionar, comprenderá cuántas circunstancias atenuantes militan en mi favor.

— Su madre defiende á usted y le disculpa... ¡ Es horroroso! Esa pobre mujer confiesa, ella misma, que aun estando convencida de la inocencia de su hijo, se ve en la imposibilidad de probarla. ¿ Cómo, entonces, no perdonar á los extraños un poco de vacilación, sobre todo cuando se ofrecen á reparar su falta?

Cristián movió dolorosamente la cabeza y cambió de conversación.

— ¿ De modo que en la casa nadie ha cambiado de convicción?

— Están más firmes que nunca. Solamente que no saben nada acerca de nuestro hombre, ó saben tan poco que no vale la pena de hablar de ello. Impresiones morales, nada más. Lo que equivale á decir que vuelvo de vacío.

Yo tengo más noticias. He sabido que Sorege se va á casar con miss Lydia Harvey y que ha estado en América.

— He aquí por qué desapareció durante seis meses. ¡ Miren el disimulado! ¿ Y se casa con la chica de Harvey? ¡ Bonita fortuna! El padre no se deja ahorcar, ciertamente, por veinte millones de

dollars. Pero tiene, lo menos, seis hijos y los varones son siempre mejorados en América. Sin embargo, es un buen capital. Pero ¿ cómo concilia usted los proyectos matrimoniales de ese mozo y sus relaciones con Jenny Hawkins?

— No los concilio; pongo en presencia los hechos para estudiarlos. Unas relaciones con Jenny Hawkins no excluyen un proyecto de boda con miss Harvey; al contrario. Si la querida ambiciona el dinero, debe animar á Sorege á casarse con una mujer rica. Además, el matrimonio sería un medio de ocultar lo que puedan tener de peligrosas las relaciones de Sorege con la cantante, y es muy admisible que Jenny favorezca ese proyecto, sobre todo si quiere conservar su amante. Por fin, si Sorege tiene el proyecto de expatriarse y marcharse á vivir en Nueva York, para defenderse contra toda investigación, esa boda se explicará perfectamente.

— Todo eso es razonable, dijo Marenval. Lo indispensable sería saber exactamente quién es esa Jenny Hawkins.

— Solamente Sorege podría decirnoslo y él se guardará bien de hacerlo. Á no ser que...

— ¿ Y bien?...

— Á no ser que nos lo diga Jacobo de Freneuse. Marenval hizo oír una especie de silbido que le servía habitualmente para expresar sus dudas.

— Sí, pero, vaya usted á buscarle. ¡ Está lejos!

— ¡ Bah ! dijo Tragomer ; veinte días de travesía en un barco que ande regularmente.

Marenval hizo un movimiento de asombro.

— ¡ Qué ! ¿ Piensa usted ir á la Nueva Caledonia ?

El bretón miró tranquilamente á Cipriano.

— ¿ Por qué no, si fuera preciso ?

El antiguo comerciante dirigió una mirada de terror á su asociado y pensó : « ¡ Dios mío, en qué berenjenal me he metido ! Este hombre es terrible y no retrocederá por nada. Habla de ir á la Numea como de tomar el tren para Marsella. Se planta en los antípodas con una facilidad increíble... Pero ¿ y yo, Marenval, retirado de los negocios para gozar de la vida ? ¿ Estoy loco ?

Cristián no le dejó tiempo de concluir.

— Esta sería una magnífica ocasión para usted de mostrarse un verdadero *sportman*, ocultando así hábilmente detrás de ese viaje de placer las graves causas de nuestra expedición. Vea usted, amigo Marenval, cómo los Vanderbilt vienen continuamente á Francia desde América y cómo Goron Bennett se encuentra con más frecuencia en Niza que en Newport. No le aconsejaré á usted que compre una isla en la embocadura del San Lorenzo como ha hecho su rival. Creo que le bastará anunciar en el círculo, con aire de indiferencia, que va usted á hacer conmigo una expedición á Alaska, por ejemplo. ¡ Vería usted el efecto ! Los periódicos se apoderarían de la noticia y estaría usted en evi-

dencia durante ocho días por lo menos. Desde ese momento formaría usted parte del gran estado mayor de los *sportmen* para quienes no existe la distancia, que mandan en el mar y que son, en suma, los verdaderos príncipes en esta época de la clase media. ¿ Acaso le desagradaría á usted todo esto ? ¿ No tendría usted, siendo fuerte y vigoroso, el valor de arriesgar una partida semejante ?

Marenval, un poco asustado, pasó por muchos sentimientos contradictorios durante la exposición de Tragomer. Por el pronto, le repugnaba la idea de una larga permanencia en un barco. La inconstancia de los vientos y la agitación de las olas le inspiraban un prudente terror. Se estremecía pensando que tendría que acostarse en un estrecho camarote contra cuya pared se estrellarían sin tregua las olas amenazando destruirla. ¿ Cómo dormir con tales emociones ? Por otra parte estimulaba su orgullo la idea de entrar en el rango de los grandes señores modernos que dominan todas las dificultades materiales por la fuerza del dinero. Después de todo ¿ no podía él intentar lo que otros realizaban ? ¿ Tan aventurado sería el imitar su ejemplo ? Acaso sus terrores eran iguales á los de los que en otro tiempo hacían testamento antes de montar en el tren. El progreso, pensaba, lo ha simplificado y facilitado todo. Los viajes por mar eran partidas de placer reservadas solamente á los millonarios célebres por su lujo y su *comfort*. No sería

mucho lo que tendrían que sufrir en sus frecuentes travesías, pues, ciertamente, no gastarían tanto dinero en procurarse molestias. El nombre de esos millonarios, no cabía dudarlo, estaba en todas las bocas y el *sport* más costoso, el más raro y el más brillante era el *yachting*. ¿Por qué no había él de figurar entre los diez ó doce soberanos de la mar? ¿No tenía los medios? Nadie sabía lo rico que él era, y esta vez no se podría dudar de su fortuna viéndole alternar con los más grandes y tirar el dinero á manos llenas.

El temor, sin embargo, se volvió á apoderar de él. Nunca había navegado más que para ir del Havre á Trouville y de Calais á Douvres, y aun en estas cortas travesías había tenido tiempo para sentirse malísimo. Sin embargo, en la fiebre del momento no se acordaba de aquellas molestias. Pero la adquisición de un navío, su organización, el ajuste de la tripulación y del capitán, ¡qué dificultades tan insuperables para él! Pensó vagamente que todo eso era más que difícil, imposible de realizar y sintió un alivio delicioso. Entonces miró á Tragomer tratando de reír.

— Pero, querido amigo, usted no conoce obstáculos. Para navegar hace falta un barco, y éste no se construye tan de prisa...

— ¡Bah! dijo el bretón, se encuentran alquilados todos los que se quiera. Los puertos de Levante están llenos de yates magníficos que están

á la disposición de los aficionados. Si su decisión de usted es firme, encontrará en quince días un yate bien acondicionado, con una tripulación escogida y un buen capitán. Es una industria inglesa. Se alquilan los yates como las casas de campo y hasta se encuentra donde elegir.

— ¡Ah! dijo Marenval estremeciéndose. ¿Tan fácil es?

— Todo es fácil con dinero. En el orden material casi no hay límites. Solamente se encuentran en el orden moral. Hay todavía conciencias que no se compran, lealtades que no tienen precio y virtudes que desafían toda subasta; digámoslo en honor de la humanidad. Para todo lo demás, golpee usted de cierto modo su bolsillo y tendrá cuanto le plazca. Pero no se ponga usted en camino tan pronto, querido amigo; tenemos todavía mucho que hacer aquí, aun admitiendo que alguna vez necesitemos emprender ese viaje. Por el pronto, quiero ver á Sorege y hablar con él.

— ¡Qué! ¿Va usted á descubrir nuestras baterías?

— Están ya descubiertas, no lo dude usted. Conviene pues que tengamos la ventaja de saber cómo se defiende nuestro hombre. Obraré con prudencia, esté usted tranquilo. Pero es necesario que trate de ver su juego.

— ¿Y yo, qué debo hacer?

— Usted debía tratar de saber quién es Jenny

Hawkins, de dónde viene, qué hace. Y acaso fuera también conveniente que hablase con algún magistrado de rango elevado de la posibilidad de un error judicial. ¿Conoce usted al fiscal del Supremo?

— No, pero uno de los sobrinos de Chambol, Pedro de Vesin, es fiscal. Vesin es un muchacho muy distinguido y puede darnos un buen consejo. Le he conocido niño y me quiere mucho. Iré a verle.

— Es lo mejor.

Marenval tuvo un momento de vacilación y luego preguntó:

— ¿Está usted satisfecho de mí?

— Asombrado, sencillamente. No le hubiera creído capaz de tal denuedo. Yo había pensado: Marenval ha entrado en campaña en seguida porque tiene un alma generosa. Ante la idea de que un desgraciado sufre injustamente se ha exaltado, pero eso no durará. Á las primeras dificultades retrocederá y me dejará continuar solo mi camino. Porque soy testarudo y estoy decidido á salirme solo con mi empeño. No admito que una empresa comenzada se quede sin terminar, á menos que no se demuestre que es imposible. Pero usted no sólo no ha retrocedido sino que acepta todas las dificultades con la calma de un hombre resuelto. Su valor de usted es extraordinario.

Marenval bajó la cabeza.

— No me coloque usted tan alto en su estimación. Debo confesarle que, en el fondo, he dudado más

de una vez. No he nacido temerario y solamente á fuerza de voluntad me pondré á la altura de las circunstancias. Si hay riesgos que correr, no se asombre usted de verme temblar un poco; mi naturaleza tiene que manifestarse. Pero espero que llegaré á dominarla por el razonamiento. Usted lo ha dicho muy bien hace un instante: un desgraciado sufre injustamente y si no hago cuanto pueda por salvarle, no tendré ni una hora de tranquilidad en la vida. Me alegro de haber confiado á usted mis debilidades, porque así me ayudará usted, si es preciso, á vencerlas y, Dios mediante, no nos quedaremos en el camino.

Tragomer no respondió; estaba sinceramente conmovido y pensaba: « He aquí uno de los hombres más animosos que he conocido. Tiene conciencia de ser tímido y aun así sigue adelante ». No quiso decir á Marenval lo que pensaba, temiendo asustarle si le hacía comprender hasta qué punto le juzgaba digno de estima.

— Pues bien, querido amigo, dijo ofreciéndole la mano; esta noche en el pequeño círculo, si no tiene usted nada que hacer. Haremos nuestro plan para mañana.

— Convenido. Pero le veo á usted vestido para salir; ¿quiere usted que le lleve á alguna parte?

— Bueno; á la Magdalena.

Salieron, muy contentos el uno del otro. Marenval porque se veía crecer á sus propios ojos. Tragomer,

porque tenía esperanza de rehabilitarse ante la señorita de Freneuse.

Sorege estaba en el círculo cuando Tragomer, á eso de las siete, entró en el salón. El conde, apoyado en la chimenea, hablaba con un grupo de socios y mostraba en la conversación aquella fisonomía firme y fría que ocultaba tan bien sus impresiones. Mientras hablaba sus ojos permanecían medio cerrados sin que nada pudiese denunciar su pensamiento íntimo; cara de diplomático precavido y astuto, que también podía ser de traidor. Tragomer no se aproximó al grupo y Sorege no hizo ni un movimiento para ir hacia su antiguo amigo.

Tragomer cogió de la mesa un periódico ilustrado pero no tuvo tiempo de volver dos páginas. Maugirón le tocó en el hombro.

— ¿ Vas á comer ?

— Sí, contigo, si quieres.

— Con mil amores. Tengo una mesa con Frecourt.

— Me alegro. Tengo, precisamente, que pedirle unas noticias.

Frecourt, al que llamaban "Semifusa" era uno de los aficionados á la música más eruditos de París. Conocía todas las partituras, todas las escuelas y todos los cantantes desde hacia treinta años. Hablaba enternecido del comienzo de la Patti y contaba los primeros pasos de Yvette Guilbert en el *Diván Japonés*. Su eclecticismo era

absoluto y hablaba con el mismo entusiasmo de Paulus, el notable cancionero, que de Reszké, el gran tenor dramático. Á este propósito decía: « Hay, evidentemente, una jerarquía de géneros, pero cada uno de ellos es notable en grado igual. »

Cantaba también con voz de falsete, capaz de rasgar los oídos mejor dispuestos, y era la broma obligada entre sus amigos hacerle cantar después de comer. Era buen muchacho y vivía con una bailarina de la Ópera, con la que tenía dos hijos.

El jefe de comedor se presentó á anunciar que la comida estaba dispuesta y todos se dirigieron á la mesa.

Había siempre en el círculo una concurrencia media de cuarenta ó cincuenta personas que iban á comer; muchos militares retirados, solteros que por casualidad no estaban invitados y transeuntes como Tragomer. Disponían de una gran mesa de veinticinco cubiertos y de otras más pequeñas en los rincones y en el salón inmediato.

— Apreciable Frecourt, vas á hacernos el favor de hablarnos de todo menos de tu sempiterna música.

Maugirón lanzó ese ultimátum á su amigo en cuanto se sentaron á comer.

— Sí, querido, ya sé que no eres melómano. ¿ Quieres que hable de cocina, de estrategia, de pintura, de política ?

— No hables, lo prefiero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UTOPIA Y UTOPIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Aunque rabies, espera un poco... Canción de Silvain, los Dragones de Villars, acto segundo, escena..., dijo Frécourt riendo.

— ¡ Vaya ! Ya se desató.

— Déjale, dijo Tragomer. Yo encuentro su música muy digestiva. En Texas, los jefes indios hacen que les canten canciones durante las comidas.

— ¿ Oyes, Frécourt ? Los salvajes.

— ¡ Oh ! Desde que existe la civilización, la música es el accesorio obligado de los festines.

— ¿ Á que vas á pedir *tsiganes* ?

— Mira el cuadro de las bodas de Caná. Allí ves músicos que rascan las cuerdas en trajes suntuosos mientras los convidados vacían las ánforas en las que el agua se ha convertido en vino. Aquellos son los *tsiganes* de ese tiempo.

— ¿ Se iban ya entonces con ellos las princesas ?

— Es muy probable. Alain Chartier fué besado en los labios por una reina y no era más que poeta...

— ¡ Digo ! Si hubiera sido músico...

— Sí, dijo Tragomer ; pero las bacantes mataron á Orfeo.

— Estaban borrachas... Y, además, ¿ quién sabe ? Acaso Orfeo no quiso tocar lo que ellas le pedían.

Maugirón se puso á tararear, con aire malicioso.

— ¡ Ah ! Maugirón, aquí te cojo, exclamó Frécourt ; ahora eres tú el que canta. Una multa ; que traigan champagne...

— ¡ Qué herejías dicen estos músicos ! ¡ Champagne ! Yo que tú pido limonada. Vais á probar un *Château Lafite* como no se bebe en ninguna parte. Yo se lo he proporcionado al círculo, porque habéis de saber que el encargado de los vinos no sabe de eso ni jota.

La comida continuaba y en todas las mesas subía poco á poco el tono de las conversaciones. Era la hora benéfica en que los estómagos contentos reparten por todo el ser una especie de beatitud. Maugirón estaba benévolo y no se burlaba de Frécourt. El mismo Sorege, sentado en la mesa grande, bastante lejos de los dos amigos, sonreía, menos enigmático que de costumbre. Se estaba sirviendo el plato de pastelería y Tragomer, que estaba silencioso, se volvió hacia Frécourt y le dijo en tono indiferente :

— Usted, que conoce á todos los cantantes del universo, ¿ quién es Jenny Hawkins ?

— ¿ Jenny Hawkins, la que hace expediciones al extranjero con Novelli ? Pues es, sencillamente, Juana Baud.

Al oír esto, Tragomer no pudo contener un movimiento.

— ¡ Juana Baud ! Es un nombre francés.

— Lo mas francés del mundo. Juana Baud ha cantado operetas en Variedades. No estaba entonces en candelero, la pobre muchacha. Hizo el papel de una de las acompañantes de la princesa